

Hoy fui a visitar a la abuela, y aunque no hablamos mucho, me detuve un largo rato a verla. Observé cada una de sus arrugas y la forma de sus cejas cuando frunce el ceño. Traté de guardar en la memoria su sonrisa y de encajar el sonido de su voz con ese que recuerdo de niño, cuando me contaba historias de fantasmas y me daban pesadillas por las noches. Pienso que no

me hace falta que la abuela se despida con un ruido seco cuando muera, porque la tengo aquí conmigo, porque siempre está presente así no podamos hablar mucho, así cada vez la vea menos. Por eso tampoco me hace falta rezarle a Dios.

Al final, creemos en fantasmas para no sentirnos solos, pero no estamos solos sino llenos de recuerdos: memorias que se resisten a perecer, como si se tratara de un mensaje de otro mundo

que se estrella contra el suelo. Pienso que creemos en fantasmas porque nos da miedo la muerte, porque creemos que morir es naufragar en un océano de negrura y silencio. ¿Qué tal si morir es todo lo contrario, que tal si es lo más parecido a una fiesta, a un trenesi que nunca se detiene, y que por eso nadie viene a despedirse, porque no les queda tiempo?

como ráfagas de un arcoiris hecho añicos. Pero las palomas también bien recuerdan, aunque no sean las mismas (es posible) que eran correatadas por los niños (por esos mismos niños que son ahora estos viejos que las observan). Nadie sabe de dónde vienen las palomas, así como nadie sabe de dónde vienen los viejos. Incluso, nadie sabe quién fue el primer viejo que se sentó en un parque a observar a las

palomas, a detallar sus movimientos, mientras estas, espabiladas e inquietas, picoteaban semillas, maíces y una que otra colilla de cigarro. ¿Es posible que haya tantas palomas como viejos hay en el mundo? Nadie lo sabe con certeza. Lo que no parece probable es que haya muchos parques que sirvan como sede a tantos fantásticos encuentros. ¿Qué hacen los viejos en los parques

Pero no puede seguir creyendo. Ni en el diablo ni en Dios. Ni en los fantasmas. Me gustaría que mi abuela viniera a despedirse de mí con un golpe seco el día que se decida a abandonarme. No sé si mi abuela quiera despedirse, o si me deje con la duda (ella suele hacer esas cosas); solo espero que cuando pase, me despierte a media noche con el ruido de una puerta que se abre de repente, o de un cuadro

John Gómez
(1988)

Creemos en fantasmas para no sentirnos solos. Cuando la puerta se abre de repente, cuando golpean los cristales a medianoche, confiamos (no exentos de un temor absurdo) que alguna entidad supraterrena quiere decirnos algo, entregarnos un mensaje de otro mundo. Mi abuela siem-

pre decía que, cuando moría un familiar, este venía a despedirse en la forma de un ruido seco que la despertaba al amanecer. Nunca supe si mi abuela en verdad escuchaba esos sonidos, o si los creía realmente, pero toda mi niñez aguardé a que algún espectro se comunicara conmigo: algún pobre infeliz que quisiera resolver mis dudas sobre ese otro mundo del que tanto hablan los profetas.

Creemos en Dios como creemos en fantasmas, con la idea de espantar así la soledad (aunque la alternativa nos llene de miedo). Yo creí en Dios hasta el día en que me causé de sentirme culpable por todo. Ese día empecé a creer en el diablo, (pensaba que el diablo, al ser enemigo de Dios, me haría sentir menos culpable acerca de las cosas que pasaban en el mundo).

día en que no haya nadie que quiera sentarse a observar a las palomas, y posiblemente ese día sean las palomas las que se queden, finalmente, con el mundo.

¿de qué otra manera se distraen del recuerdo constante de la muerte? Es posible que en otras partes del mundo las palomas dediquen sus días a esquivar depredadores en vez de niños que las correatan bajo la luz de la tarde, niños que han de ser viejos y recordarán, con cariño, una niñez sembrada de colores y de plumas. De todos modos, las bancas del parque seguirán atestadas de viejos hasta el

y otro tiempo. Por eso he dejado de aguzar el oído por las noches, por eso duermo tranquilo con la certeza de que, al despertar, al día siguiente, el recuerdo de mi abuela estará conmigo. Y seguiré conmigo hasta el día en que yo muera, hasta el día en que yo mismo no sea nada más que otro recuerdo que se resista a morir.

En la banca del parque se sientan los viejos a observar el incesante caminar de las palomas. Uno a uno van llegando, así como una a una van apareciendo las palomas. Con la postura exacta, estática, inclinados sobre las rodillas, recuerdan el tiempo en que fueron niños y corrteaban a las pobres aves, cuyas plumas de vivos colores respaldaban al sol vespertino

LOS VIEJOS

momento en que nos vamos a la cama, para venir a atormentarnos.

Quizá creemos en fantasmas para no creer en fantasmas. Por eso rezamos: para pedirle a Dios (o al diablo) una respuesta. Pero lo cierto es que estamos solos... Y tememos. Nos aterra que la gente a la que amamos se nos vaya, que no podamos despedirnos, que no tengamos tiempo para ellos.

Siempre he sospechado que mi abuela menta, pero quizá es la manera en la que ella se enfrenta a la soledad, a la vejez. No es fácil aceptar que estamos solos y nos hacemos viejos: esos fantasmas si que son reales, los de nuestros miedos. Y aun que no tengam la manía de tumbar las cosas (como los espectros y los gatos), siempre están aquí, conviviendo con nosotros, acechando hasta el